NOTAS

USTEDES, LOS FILÓSOFOS

*José Molina Ayala**

RESUMEN: Una interpelación a los filósofos, en cuanto a la labor que desempeñan y cómo lo hacen, en particular acerca del lenguaje que utilizan. Una invitación a que sigan interrogándose e interrogándonos verdaderamente, como los proverbiales tábanos.

PALABRAS CLAVE: filosofía, comunicación, retórica, Antigüedad clásica, mundo contemporáneo.

ABSTRACT: This article questions the philosopher's work and what it entails, particularly the use of language. This is an invitation to all those who not only continue to question themselves but also the people around them just as the proverbial gadfly (Socrates) in the *Apology*.

KEYWORDS: philosophy, communication, rhetoric, Classical Antiquity, contemporary world.

155

RECEPCIÓN: 11 de agosto del 2011.
ACEPTACIÓN: 17 de abril de 2012.

* Centro de Estudios Clásicos, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM.

NOTAS

USTEDES, LOS FILÓSOFOS*

*Es vergonzoso callar,
y dejar hablar a Xenócrates*

Aristóteles (*D. L.*, V, 2)

156

Eratóstenes de Cirene, filósofo, matemático, astrónomo, cronógrafo, geógrafo, gramático y poeta, fue el primero que, hacia el 240 a. C., se llamó filólogo a sí mismo; quiso distinguirse así de los filósofos de su tiempo, los cuales habían reducido la filosofía a un *ars vitae*, es decir, a la ética. Eratóstenes se llamó filólogo para señalar mediante este término a alguien que, como él, supiera mucho sobre muchas cosas;¹ para enaltecer la filosofía, para hacer énfasis

en que el filósofo verdadero era también erudito en muchas disciplinas y, por eso, verdadero filólogo; al fin y al cabo, fue Aristóteles quien, en su calidad de filólogo, dijo que “es propio del filósofo poder teorizar acerca de todo”.²

Mi trabajo académico como filólogo me ha llevado a tratar de continuo con profesores y alumnos dedicados, ellos sí, a la filosofía, y a leer libros y artículos de tema filosófico; con base en esa experiencia, quiero decir algo que seguramente concierne a filósofos y a filólogos, aunque acaso desagrade a quienes quieren ver doblegadas a las humanidades; ojalá consiga al menos, en tan breve tiempo, mover el pensamiento.

* Texto leído en el Simposio “Las humanidades hoy”, realizado como parte de las actividades del XVI Congreso Interamericano de Filosofía, *Diálogo de lenguas y culturas*, llevado a cabo del 28 de noviembre al 3 de diciembre de 2010 en Mazatlán, Sinaloa.

¹ Pedro C. Tapia Zúñiga, “Los amantes de la palabra”, en Esther Cohen (ed.), *Aproximaciones. Lecturas del Texto*, 1995, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 19-40.

² Arist., *Met.*, IV, 1004 b.

No voy a hacer la historia del humanismo, comenzando con César, que lo usó como pretexto para sus conquistas en la Galia, pasando por la exposición de Aulo Gelio, que lo caracteriza como cultura humanística, hasta llegar al humanismo renacentista de Erasmo o al clasicismo del siglo XIX. Tampoco me quejaré del clima apocalíptico que atormenta a la cultura y a las humanidades: en más de un aspecto siguen vigentes los lamentos de Heidegger en su *Carta sobre el humanismo*,³ o las reconvenciones del reciente Premio Nobel de literatura, Mario Vargas Llosa, en su *Breve discurso sobre la cultura*.⁴ Me propongo algo mucho más modesto; me propongo bosquejar cómo, precisamente en el desarrollo cotidiano de nuestra actividad profesional, puede la antigüedad grecolatina servir todavía como inspiración para filósofos y filólogos.

Platón, en su *Apología* de Sócrates, dice que el filósofo debería ser como un tábano para la ciudad,⁵ una permanente interrogación, porque una vida que no se examina no es digna del ser humano.⁶ Y, precisamente, porque es el ser humano y su digni-

dad lo que el filósofo tiene a su cargo, su función es importante e imprescindible. Resulta, por eso, indignante, por decir lo menos, ver que ante los problemas complejos de nuestro tiempo y de nuestra sociedad, quienes toman los micrófonos no son los filósofos, sino los conductores de noticieros. Ante ellos y ante políticos y ante otros personajes públicos, me gustaría recordar a los filósofos aquello que Teognis dijo a Cirno a propósito de los nuevos gobernantes, carentes de alcurnia y nobleza:

Cirno, esta ciudad todavía es ciudad, pero sus habitantes son otros; éstos, que antes no veneraron ni la justicia ni las leyes, que más bien gastaban zaleas de cabras alrededor de sus caderas y que, como ciervos, pastaban afuera, lejos de esta ciudad; ¡éstos, ahora son nobles, hijo de Polipao! ¡Y los nobles de antes, ahora son malos! ¿Quién podría aguantar eso, si lo ve? Unos a otros se engañan, mientras unos se ríen de otros; ni saben las razones de los males ni las de los bienes. A ninguno de estos villanos, por causa de ningún beneficio, hagas tu amigo de corazón, sino aparenta, de dientes para fuera, ser amigo de todos, y con ninguno compartas ni lo útil ni cualquier otro afán, pues conocerás los pensamientos de hombres desgraciados; verás cómo ellos, en sus obras, no tienen ninguna lealtad, sino aman enredos

³ Martin Heidegger, *Carta sobre el humanismo* (1945), 2000, Madrid, Alianza Editorial.

⁴ Mario Vargas Llosa, "Breve discurso sobre la cultura", *Letras libres*, 139, julio, 2010, pp. 48-55 (<http://www.letraslibres.com/index.php?art=14755>).

⁵ Pl., *Apol.*, 30 e.

⁶ Pl., *Apol.*, 38 a.

NOTAS

y dolos y fraudes, y tanto, que ya ni siquiera son hombres.⁷

El contexto social y económico que dio lugar a este poema pertenece a la historia; sin embargo, sólo es histórico en apariencia; es interesante notar que, según Teognis, pierden la cualidad de hombres quienes engañan, los que se burlan cínicamente, quienes no tienen lealtad ninguna, los que maquinan mentiras, y quienes aman enredos, dolos y fraudes. Los filósofos, entonces, como Aristóteles, deberían tomar conciencia de que “es vergonzoso callar, mientras todos aquellos hablan”.

Ahora bien, ¿puede hablar la filosofía? O mejor, ¿ha hablado y está hablando la filosofía frente tan complejos y enormes problemas de la actividad humana? ¿Tendrá todavía algo que decir? La crisis económica mundial puso de manifiesto que los problemas globales reclamaban una solución que ni las tecnologías, ni las ciencias positivas, ni la sola economía podían aportar. La situación llevó incluso al actual Papa a escribir una encíclica sobre temas económicos.⁸ ¿Y la filosofía habrá de callar precisamente ahora?

No digo nada nuevo, si afirmo que hace tiempo la filosofía y los humanistas se preocuparon por que sus

disciplinas se parecieran más a una ciencia de las que se tenían por exactas; curiosamente, ahora los humanistas se quejan de que las evaluaciones sobre su labor las lleven a cabo científicos, con criterios inaplicables a sus disciplinas. Y a pesar de todo, las aportaciones más significativas de la Universidad Nacional Autónoma de México se generan en el campo de las humanidades y no en el de las ciencias.

Aunque la historia es antigua y compleja, podemos retomarla en Leibniz, quien quiso encontrar una *lingua characteristic*, es decir, una lengua que pudiera evitar los equívocos de la lengua común y proveyera a la filosofía de un instrumento para proceder *more mathematico*. Ese camino ha sido largo, lleno de dificultades, de callejones sin salida, de extravíos; más de uno se ha perdido.

En su introducción a los *Tópicos* de Aristóteles, Candel Sanmartín afirma que las limitaciones de Aristóteles, “obvias para cualquier lógico actual, derivan fundamentalmente de que el grado de reflexión posible en su época sobre el lenguaje y el pensamiento (los dos polos de la lógica) “no podía ir más allá del marco impuesto por el lenguaje natural”.⁹

⁷ Teognis, Libro I, vv. 53-68.

⁸ Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, Ciudad del Vaticano, 7 de julio de 2009.

⁹ Miguel Candel Sanmartín, “introducción”, en Aristóteles, *Tratados de Lógica (Organon)* vol. I: *Categorías. Tópicos. Sobre las refutaciones sofísticas*, 2008, Madrid, intr., tr. y nts. Miguel Candel

Quiero decir, aunque sea de paso, que ese tratado de *Tópicos*, en esta era posmoderna y relativista, está llamado a cobrar cada vez más importancia, toda vez que se dedica, a ejercitarse, a debatir y a investigar, no con base en proposiciones demostradas científicamente, sino en las generalmente aceptadas por todos o por la mayoría o por los más sabios, y de éstos, por todos o por la mayoría o por los más conocidos.

Ahora bien, frente a las mencionadas supuestas limitaciones de Aristóteles, abro las *Observaciones filosóficas* de Wittgenstein, y leo: “¡Qué extraño sería que la lógica se ocupara de un lenguaje ‘ideal’ y no del *nuestro*! Porque ¿qué expresaría ese lenguaje ideal? Supuestamente lo que ahora expresamos en nuestro lenguaje común”.¹⁰ En su *Gramática filosófica*, Wittgenstein insistía: “La tarea de la filosofía no es la creación de un lenguaje ideal, sino aclarar el uso del lenguaje existente”, y además: “La filosofía de la lógica habla de oraciones y palabras en el mismo sentido en que hablamos de ellas en la vida ordinaria”.¹¹

Sanmartín, Gredos (Biblioteca Clásica Gredos, 51), p. 9. Mi énfasis.

¹⁰ Ludwig Wittgenstein, *Observaciones filosóficas*, 1997, México, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 42.

¹¹ Ludwig Wittgenstein, *Gramática filosófica*, 1992, México, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 35.

Ignoro si hay razón al señalar como limitante de Aristóteles el no haber ido más allá del lenguaje natural, y no sé si a ese señalamiento se contraponen la afirmación de Wittgenstein de que la filosofía debe aclarar el uso del lenguaje existente, o si en esta afirmación ya había visos o atisbos de salud para el laberinto lingüístico al que se había metido la filosofía. Sin embargo, esa contraposición, real o aparente, sirve para poner de manifiesto que la filosofía ha recorrido caminos que resultaron escabrosos o intransitables para muchos. Ojalá pudiera decirse que sólo se trata de una barbarie erudita, como Schiller lo dijera a propósito del debate filológico sobre la cuestión homérica en el siglo XIX. Lo cierto es que, desde afuera, a alguien inexperto como yo, e incluso a buenos expertos, a veces nos queda la impresión de que, quienes se dedican profesional e institucionalmente a la filosofía, se han olvidado de aquel oficio preconizado en la *Apología*, del deber de examinar la sociedad a la que pertenecen, de apostrofar a los hombres, pero de un modo que éstos se den por aludidos y entiendan lo que se les dice; pareciera, usando casi la misma imagen de la función de la filosofía propuesta por Wittgenstein,¹² que los filósofos

¹² Ludwig Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*, 2003, México, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 253, párrafo 309: “¿Cuál es tu objetivo en filosofía? –Mostrarle a la mosca la salida de la botella cazamoscas”.

NOTAS

misimos son las moscas que están encerradas en el frasco de su lenguaje. En realidad se trata también de una reducción de la filosofía, como la que deploraba Eratóstenes, pero de otro signo.

Si la filosofía tiene algo que decir, como creo, cabe preguntar si está siendo escuchada, o si le interesa ser atendida y entendida. En este sentido, he de confesar que el uso de lenguaje formal a veces me parece llegar hasta el ridículo, con sus “si y sólo si”, “si p, entonces no p”, y un largo etcétera de fórmulas, incluso en asuntos para los que ese lenguaje, en lugar de ser instrumento se vuelve estorbo para la comunicación. “Y si el lector no me entiende”, parecen decir, “peor para el lector”. Los ejemplos podrían multiplicarse. He sabido de comisiones donde el relativismo gnoseológico sirve para evitar señalar a un colega que su interpretación de Kant es franca y completamente errónea, y se termina la discusión con la frase de Pilato: “¿Qué es la verdad?”¹³ En otras ocasiones se pretende llevar a una intrincada hermenéutica lo que sencillamente es una falta de redacción, para terminar diciendo —escándalo de muy pocos, lo cual es escandaloso— que “al fin y al cabo, la redacción no es tan importante”. Incluso, con sofismas y en tono conciliatorio, se quiere malévo-

lamente defender lo moralmente indefendible. No, no todas las posiciones son igualmente válidas. En fin, espero que no se entienda mal; sólo quiero que no se nos termine diciendo “también es vergonzoso que hablen los filósofos”.

Tal vez deba ser así: existe un nivel del discurso apropiado para que los filósofos hablen sólo entre ellos; pero el filósofo no debe hablar exclusivamente con sus pares, o, peor aún, no sólo debe hablar consigo mismo; a veces, la distancia más grande es la que existe entre un cubículo y otro del mismo instituto. También conviene recuperar la filosofía como conversación. Si la conversación es valiosa, también es importante que haya más participantes. De otro modo: todas las disciplinas necesitan (y crean) una terminología, su modo especializado de formular sus teorías e ideas; eso es natural. Sin embargo, si dichas teorías e ideas valen las penas de los filósofos, valdría la pena que éstos “traduzcan”, y que las comuniquen con el modo de hablar de aquellos a quienes va dirigida la comunicación de sus ideas. Acaso tengo apenas espacio, precisamente, para invitar a los filósofos a voltear y comunicarse nuevamente con científicos y artistas, y con la sociedad en general. Para la filosofía, que es la más general de las ciencias y que puede jerarquizar todos los otros

¹³ Jn 18, 38.

saberes, la gran tarea podría ser, en un mundo cada vez más globalizado, y por ende más pequeño, pero simultáneamente más especializado y dividido, recordarnos a todos nuestra común humanidad; sin embargo, si no lo hace de manera clara, y, por qué no decirlo, de manera bella, los ciudadanos—incluso los buenos, porque no todos son la esclava tracia que se burlara de Tales de Mileto—, los políticos, los artistas o los científicos, todos ellos, podrán seguir diciendo “ustedes, los filósofos”, como frase que excluye a quien precisamente debería dar su opinión calificada sobre multitud de temas. Esta exclusión ya está ocurriendo, por ejemplo, cuando se pretende sacar explícitamente del plan de estudios del bachillerato las materias vinculadas expresamente con la filosofía.

No se trata de hacer escritos ligeros y facilones, llenos de lugares comunes; tampoco es preciso renunciar a elevar la comprensión filosófica de los lectores. Con lo que no estoy de acuerdo es con la práctica de aparentar profundidad, donde lo que hay es confusión; lo que a veces ocurre, de hecho, es que se da un mensaje tan sellado y cifrado como vacío. El lector también se da cuenta cuando la oscuridad no está propiamente en el texto, sino en la cabeza de quien escribe; una buena idea, mal escrita, tal vez no sea tan buena.

Jámblico de Celesiria, filósofo neoplatónico del siglo tercero de nuestra era, que, por cierto, fue acusado de no sacrificar a las gracias de Hermes, y de querer repeler a los auditores más que de buscar atraerlos,¹⁴ pagó ya sin duda su cuota de ser soslayado de la tradición filosófica. Escribió, basado en la tradición filosófica que le precedía, pero principalmente en Platón y en Aristóteles, entre otras cosas, una exhortación a la filosofía, donde la encomia como ciencia útil, necesaria, placentera, de fácil adquisición, la más universal de las ciencias; destinada a todos los seres humanos, también a los que se ocupan de los asuntos sociales; capaz de subordinar todos los asuntos a la razón, de dar la felicidad, de servir a los más diversos problemas, incluidos los económicos, etcétera. Aconseja que la exhortación a la filosofía se haga de manera gradual, desde sentencias conocidas por todos, hasta llegar a la explicación de los símbolos destinados a la sola filosofía pitagórica. En fin, por conocerlo profundamente, me gustaría recomendar la lectura de

¹⁴ Eunapio, *VS*, 458: Jámblico, “sin ser inferior en nada a Porfirio, no tenía la misma composición y fuerza que éste en el discurso, que sus palabras no tenían gracia ni encanto, ni tenían blancura ni se adornaban con la pureza; no era su estilo ciertamente obscuro del todo, ni erróneo, pero, como decía Platón de Jenócrates, no había sacrificado a las gracias de Hermes, y ciertamente no retenía al oyente ni lo hechizaba para la lectura, sino parecía hacer retroceder y atormentar a la audiencia”.

NOTAS

su *Protréptico*, pero en este momento, respecto de la expresión de los escritos filosóficos, me limito a señalar lo que Jámblico dice en su tratado *Acerca de la crítica del mejor discurso*:

es necesario que ni lo breve sea obscuro, ni lo claro, vulgar; que lo majestuoso no sea muy rebuscado, y que lo común no sea fácilmente despreciable, sino que tenga alguna característica sobresaliente; esta perfección puede verse fácilmente, e incluso plenamente realizada por las bellezas íntegras de los poemas de Homero, de los diálogos de Platón y de los discursos de Demóstenes.¹⁵

Esta recomendación conserva su vigencia, aunque esa lista puede ampliarla y actualizarla cada uno como guste, ojalá con buen gusto; como poetas, se pueden sumar Virgilio y Dante, Shakespeare y Goethe; como filósofos, Kant y Marx; como oradores o estilistas, Séneca y Pascal, Montaigne y Bergson; la lista puede extenderse y reunir poetas, filósofos y literatos de todas las culturas, de todas las lenguas, de todas las épocas. En todo caso, parece importante recordar lo que ya dijo Cicerón, a saber, que la filosofía es “madre de

todas las cosas bien hechas y bien dichas”.¹⁶

Ahora bien, y en otra dirección, lo que me parece lesivo no es incrementar aquella lista, sino sustituirla. Los autores mencionados por Jámblico, Homero, Platón y Demóstenes, por sus riquezas formales, ciertamente, pero, sobre todo, por ser el principio, deberían formar el *vademecum* de la formación filosófica y filológica, a riesgo de ir por ahí, errantes, sin saber nuestros orígenes, ciegos y amputados de nuestros comienzos, cercenados de nuestros inicios, privados de nuestra *arjé*. El riesgo es grande, porque como Edipo, que ignora quién es creyendo saberlo, el filósofo y el filólogo pueden creer que salvan a su Tebas de la enigmática esfinge, cuando en realidad provocan la peste y contaminan la ciudad. Como el alma plotiniana, esos filosofastros y verdaderos misólogos tendrán la audacia de aventurarse hacia la materia, olvidándose de su padre y de sí mismos. Ya está ocurriendo; hay quienes se dicen filólogos clásicos e ignoran el latín o el griego o ambos; cómodamente disfrazan su ignorancia bajo el manto de “tradición clásica”. Nunca está de más otra invitación a volver a los antiguos, hoy, cuando estudiarlos se considera una forma menor de hacer filosofía, o meramente un modo de

¹⁵ Syrian., *In Hermog.*, I, 9, 11 ss., citado en John Dillon, *Iamblichus Chalcidensis, In Platonis Dialogos Commentariorum Fragmenta*, 1973, Leiden, E. J. Brill (*Philosophia Antiqua*, XXIII), núm. 1, p. 17.

¹⁶ Cic., *Brut.*, XCIII, 322.

hacer historia de la filosofía. Se cuenta también que, tras haber preguntado Zenón de Citio al oráculo qué debía hacer para vivir óptimamente, el dios le contestó que se pusiera en contacto con los muertos; de donde comprendió que debía leer las obras de los antiguos.¹⁷

Pero el descuido de los filólogos por las lenguas clásicas o por hacer traducciones legibles, también ocurre en filosofía, aunque en otro u otros sentidos; se consultan los manuales, no los autores; se cree innovar cuando ni siquiera se ha asimilado lo que ya está dicho, objeto de una discusión secular; se habla, por ejemplo, de la “persona”, tema surgido más allá de Boecio, quien la definiera como “sustancia individual de naturaleza racional”, un tema que Kant revolucionó agregándole la libertad y la decisión propia, y, en lugar de ir a las fuentes, se inventa un suceso barato, por ser más políticamente correcto, aunque sospechoso de irracionalidad. Ejemplos semejantes los conoce bien el lector. Este asunto me recuerda, por cierto, una advertencia de Damascio, el último diádoco de la Academia en la antigüedad tardía: en su *Vida de Isidoro*, conocida también como *Historia de la filosofía*, Damascio afirma, evocando a Sócrates, que la filosofía no puede ser golpeada ni corrompida por

ningún mal ajeno, solamente por el propio. Por eso también —continúa—, sólo esta culpa que le viene de dentro disuelve a la filosofía, cuando, a quien debería preservarla y cuidarla para lo óptimo, lo educan para los placeres y lo elevan a una gloria mayor a la que tiene en sí mismo; no se dan cuenta que se arrojan a la máxima deshonra.¹⁸

Una tradición que debiera recuperarse, ya apuntada en el mencionado tábano platónico, es la de comunicarse no sólo con filósofos, sino con el hombre en general, quien tiene necesidad de ser atraído, persuadido, incitado; el ser humano no sólo es mente discursiva, también fantasía y pasión; por eso la filosofía debe recuperar, pienso, un discurso no por crítico, menos persuasivo. Ya Aristóteles había pugnado por dar a la Academia las armas de la retórica. También Cicerón señalaba que

el discurso de los filósofos es muelle y se refugia a la sombra de la escuela, y no se construye ni con sentencias ni con palabras populares, ni está atado por la métrica, sino fluye más libremente; no tiene nada airado, nada mal visto, nada atroz, nada miserable, nada astuto; es casto, tímido, como si fuera, en cierto modo, una virgen incorrupta; y así se llama más bien conversación que discurso.¹⁹

¹⁷D. L. VII, 2.

¹⁸Dam., *Isid.*, 146 E.

¹⁹Cíc., *Or.*, 64.

NOTAS

Sin embargo, la filosofía, vale recordarlo, no tiene como propio un género específico. Heráclito se valió de sentencias proverbiales, del estilo gnómico; Parménides y Empédocles se montaron en la dicción épica; Platón, educado al lado de poetas ditirámicos, mímicos, trágicos y cómicos, apoya su dialéctica en el drama, y Séneca usa sus tragedias como laboratorio estoico; Cleantes y Proclo escribieron himnos. Sócrates, si nos atenemos al *Fedón* platónico, tiene a la filosofía como la mejor música.²⁰ También la filosofía debe y puede interpretar filosóficamente las obras literarias. Me viene a la mente el amplio comentario de *El Quijote*, de Unamuno,²¹ pero también Horacio va más allá cuando en sus *Epístolas* destaca que ha aprendido más filosofía en Homero que de los filósofos, pues mejor y más plenamente enseña el escritor de la guerra troyana qué es bello, qué es torpe, qué es útil y qué no lo es, que Crantor, el platónico, o que Crisipo, el estoico.²² Interesante es también la utilización filosófica que el estoicismo hacía de algo tan firmemente establecido en la mente del público como el mito. La filosofía, entonces, se vuelve

hermenéutica, y usa lo que otras fuentes —religión, mito o literatura— consiguieron establecer con preeminencia en el público a que se dirige.

El acervo literario es enorme, pero, para lo que nos interesa, *i. e.*, su aprovechamiento filosófico, corre el riesgo de volverse estéril erudición o un mero adorno. Por eso, no estoy sosteniendo que la filosofía deba meramente ataviarse de literatura; sin embargo, en sentido inverso, ilustra mi preocupación, por ejemplo, que alguien tan filosóficamente brillante como Martha Nussbaum se vea en la necesidad de tener que justificar el uso de la literatura para hacer sus reflexiones sobre la ética en Grecia,²³ lo cual me habría parecido no sólo natural, sino también necesario. No lo olvidemos, el filósofo debe teorizar de todo.

Por lo demás, filosofía y ciencia, tanto como literatura y filosofía, pueden y deben ser vasos comunicantes. Puede hablarse, pues, de la necesidad de restablecer la comunicación entre la filosofía y las ciencias, entre filosofía y pedagogía, filosofía y psicología, etcétera. Si el hombre común y el cultivado se encuentran frecuentemente repelidos por los textos filosóficos; si cada vez es más difícil responder para

²⁰ Pl., *Phd.*, 61 a 3-4.

²¹ Miguel de Unamuno, "Vida de Don Quijote y Sancho", en *Ensayos* (con una antología epistolar comentada por Bernardo G. de Candamo), 1951, Madrid, Aguilar, t. II, pp. 69-366.

²² Hor., *Ep.*, I, 2.

²³ Martha C. Nussbaum, *La fragilidad del bien. Fortuna y ética en la tragedia y la filosofía griega*, 2003, Madrid, A. Machado Libros (La balsa de la Medusa, 77), pp. 44-50.

quién escriben los filósofos, vale la pena replantear los vehículos comunicativos de la filosofía.

Existe también la necesidad de llevar la filosofía fuera de la academia. Por ejemplo, a pesar de que requiera adaptación, no creo que el ideal platónico de buscar que los filósofos pudieran tener mayor influencia en la toma de decisiones políticas y sociales, sea un ideal utópico y digno de olvido, y acaso una posible adecuación de este ideal, en formas más democráticas de organización social, sea, precisamente, cierta popularización de la filosofía. La ayuda puede venir de donde sea. Peter Brown, estudioso de la antigüedad tardía, señala correctamente, por ejemplo, que la labor proselitista y los debates dogmáticos del cristianismo contribuyeron en gran medida a popularizar la filosofía.²⁴ Y no, no es una quimera: el teatro de Esquilo, Sófocles y Eurípides, en la Atenas del siglo V, mostraron —y en general el arte y la literatura han demostrado en distintos momentos de la historia—, ser capaces de inocular las reflexiones filosóficas en amplias zonas de la población. En ese sentido, también podría exhortarse a pintores, escultores, arquitectos

y cineastas, a recuperar sus vínculos con los seres humanos, a escapar de su narcisismo, a dejar su exploración idiota y hacer acopio de virtudes, por ver si pueden, de nuevo, proponer la belleza como vehículo comunicativo. O los filósofos vuelven a las ciencias y a las artes, o éstas se van de la filosofía: ya comenzaron a irse —como en tiempos de Eratóstenes—, y como los filósofos de profesión no les dicen nada, o nada claro, ellos comienzan a hacer la (verdadera) filosofía: filosofía de las ciencias, filosofía de la religión, filosofía política, filosofía del derecho. ¿Y los filósofos y filólogos de nuestros institutos?²⁵ No es poco lo que en este sentido puede todavía decir la filosofía, suma de todas las ciencias y de todas las artes. Debiera suceder algo así, como si ella despertara a las ciencias y a las artes de un largo letargo y sacudiera un sopor del que ella misma hubiera estado presa; como si la sola filosofía fuera capaz ahora de arrebataarnos este sentimiento falso de una fatalidad incontrastable; parece la única, si no, cuál otra actividad, qué nos haría capaces de salir del escepticismo o del relativismo posmoderno; si renuncia a esta misión,

²⁴ Peter Brown, “La antigüedad tardía” (cap. 2), Aries, Philipp y George Duby (dir.), *Historia de la Vida Privada I. Del Imperio romano al año mil*, 1989, Madrid, (dir. Paul Veyne., cap. 2, trad. por Javier Arce). 6a. reimpr., Taurus, pp. 244 s.

²⁵ Pedro C. Tapia Zúñiga, “Hablemos del amor...”, en Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defossé (coords.), *Filología Mexicana*, 2001, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas (Ediciones Especiales, 23), pp. 255-83.

NOTAS

no será raro que claudique también frente a los dogmatismos religiosos, capaces de volverse fundamentalismos integristas. La existencia de estos fundamentalismos puede, precisamente, acusar a la filosofía de haber dejado de actuar desde hace tiempo en un terreno que, curiosamente, pensó que le era ajeno, y de haber renunciado a someter a su mirada la vida religiosa. Parece que ahora, por dolorosas experiencias, la filosofía está dispuesta a volver a tomar en cuenta la esfera religiosa de la vida humana...

En fin, pueden decirse muchas cosas. No se trata tampoco de ser acrílicos con las tradiciones recibidas

o de ostentar un ingenuo romanticismo respecto de la tradición clásica, y menos aún de cerrarse ante otras tradiciones de distinto origen o más actuales. Pero, si queremos que siga valiendo la pena hablar entre nosotros, vale la pena seguir escuchando a los antiguos; aunque a algunos les pese, si no hemos de vernos reducidos al silencio, todavía hemos de referirnos a la antigüedad grecolatina, para hablar, para hablar de cualquier cosa, para hablar bien, correcta y bellamente, para ser escuchados, para seguir prestando el servicio, el mejor de todos, el propiamente filosófico, de poder seguir interrogándonos e interrogando a los demás sobre el sentido de nuestra vida.